

Nicolai Gumiliov: ¿el Oscar Wilde ruso?

Anastassia Espinel Suares

Historiadora, docente de la Facultad de Ciencias Políticas, Sociales y Humanidades de la Universidad de Santander (UDES), nació en Cherepovetz, Rusia. Actualmente reside en Colombia, Bucaramanga, donde se desempeña como docente, escritora y traductora, anastasiaespinel@gmail.com

“Porque el que vive más de una vida debe morir más de una muerte”.

Oscar Wilde

*“Me siento como enfermo:
turbado el corazón,
hastiado de la gente,
cansado de este cuento,
sueño con los diamantes de la coronación
y con un yatagán, afilado y sangriento”.*

Nicolái Gumiliov

¹ Del griego acmé, “cumbre” o “apogeo”. Corriente en la literatura rusa en la década de 1910 que, contrariamente a otras escuelas literarias de la época, aspiraba a la pureza de la lengua literaria rusa, basándose en un lenguaje claro, sencillo y preciso.

A Nicolái Gumiliov (1886-1921), poeta, traductor, crítico literario, uno de los creadores de la escuela literaria de acmeísmo¹ y una de las figuras más relevantes del Siglo de Plata de la poesía rusa, lo comparaban con tanta frecuencia con el gran esteticista británico que ya se volvió un cliché. Pero ¿hasta qué punto sería cierta la comparación entre aquellos dos personajes tan distintos, con más de treinta años de diferencia de edad y, sin embargo, estrechamente unidos entre sí en muchos aspectos tanto de sus vidas como de sus muertes?

Nacido en el año 1886 en Kronstad, la base naval rusa en la isla de Kotlin en medio del Golfo de Finlandia en la familia de un cirujano militar, Nicolái era un niño débil y enfermizo. El menor ruido le provocaba un dolor de cabeza tan fuerte que podría dejarlo en cama por varios días. Su precaria salud ni siquiera le permitía ir al colegio por lo que sus padres se vieron obligados a optar por una educación casera. Aunque pasó la mayor parte de su niñez postrado en

la cama, desde pequeño soñó con mundos maravillosos, viajes extraordinarios y países lejanos. No es casual que su primer poema que escribió a los 6 años se hubiera titulado “La bella Niágara”; a pesar de no haber visto nunca una cascada, el pequeño Nicolái logró transmitir en aquellas estrofas aún torpes el fragor del agua cayendo desde la vertiginosa altura.

Cuando entró en la adolescencia y su salud se mejoró lo suficiente como para poder integrarse en la vida que todo el mundo consideraba “normal”, resultó que aquel muchacho pálido y larguirucho no era capaz de estudiar con otros chicos de su edad. Todo lo que los otros aprendían en clases de sus profesores, él ya lo había aprendido mucho antes de los numerosos libros devorados en su lecho de enfermo. Por lo tanto, se aburría en las clases hasta tal punto que comenzaba a soñar despierto, se trasladaba mentalmente a sus propios mundos y, para gran desesperación de los maestros, con frecuencia no era capaz de contestar a

ninguna de sus preguntas simplemente por no haberlas oído.

La educación clásica en la Rusia zarista, al igual que la mayoría de otros sistemas educativos de la época, planteaba como su único objetivo la formación de todos los alumnos según un mismo parámetro de ciudadano obediente y fiel servidor del gobierno; nada se había oído aún ni del aprendizaje holístico, ni de la teoría de inteligencias múltiples. Como resultado, el joven Gumiliov era considerado un caso perdido por todos sus pedagogos. En una ocasión tuvo que repetir el año, en otra estuvo a punto de ser expulsado, pero en el año 1906 finalmente aprobó todos los exámenes de grado y entró en la vida adulta.

Aquel mismo año partió hacia París. El pretexto formal para aquel viaje era el estudio de literatura y pintura en la Sorbona; en realidad, deseaba conocer el mundo de sus sueños. Ya en sus primeros poemas escritos en París se siente una notable influencia del esteticismo, resultado de numerosas reuniones en los salones literarios franceses donde el autor más leído era Oscar Wilde:

Sé que no te merezco,
Vine de otro país,
Prefiero la salvaje melodía
De la cítara, a la guitarra.

Yo no voy por salas y salones
Vestido de chamarra y traje oscuro;
Leyendo versos a los dragones
A las cascadas y a las nubes.

No moriré en una cama
Ante un médico y un notario,
Sino en alguna trinchera salvaje
Hundido en polvo y sangre.

A finales de su primer año parisino Gumiliov envió a su primer mentor literario, famoso poeta y escritor Valery Briúsov, el manuscrito de su novela “El unicornio blanco” cuyo texto lastimosamente no se preservó. El mismo autor la consideró como “una historia de la vida moderna con algunos elementos fantásticos”.² Sin embargo, la crítica por parte de Briúsov no era demasiado alentadora: recriminó a su joven alumno la falta de originalidad, afirmando que era un escrito “muy al estilo de Dorian Grey”. Le recomendó a Gumiliov de

una forma bastante fuerte desprenderse, aunque fuera por un tiempo de aquellos “imitadores descabezados de Wilde para no convertirte en uno de ellos y no perder definitivamente la cordura y el talento”.³

En 1907 el joven poeta regresa a Rusia; a partir de entonces su vida transcurre como un torbellino de pasiones, aventuras extraordinarias y trabajo realmente titánico. Sus dos viajes a la lejana y exótica Abisinia, de donde trajo colecciones de gran valor para el Museo antropológico y etnográfico de San Petersburgo, dejaron en su obra una huella profunda e imborrable:

Un viejo vagabundo en Addis-Abeba
Que ha conquistado muchas tribus,
Me envió con un lancero negro
Un mensaje hecho con mis propios versos.
Una bruma roja y siniestra cubrirá su mirada,
Entonces le enseñaré a recordar
La vida cruel y bondadosa
En la tierra ajena y natal.

Sin embargo, el fantasma de Oscar Wilde no dejaba de tentarlo incluso en aquellas tierras lejanas, tal como lo evidencia el episodio con la tumba de Sheikh Hussein, un santo musulmán, en las montañas cerca de la antigua ciudad de Harar. El mismo Gumiliov narra aquel episodio de la siguiente manera:

Se trataba de un pasadizo muy estrecho entre las rocas. Si quieres probar tu virtud, tienes que desnudarte y pasar reptando por aquel pasillo rocoso. Los nativos están convencidos de que ningún pecador pudo salir con vida de esta prueba divina pues siempre se queda atascado entre las rocas, condenado a una muerte lenta y atroz. Nadie puede darle ni un trozo de pan ni una taza de agua porque no se atreve a desafiar la voluntad del Cielo.

Cualquier hombre normal, en su sano juicio, se alejaría corriendo de aquel siniestro lugar sin tentar el destino, pero algo me detuvo. De pronto, recordé la famosa frase de Oscar Wilde de que la única manera de librarse de la tentación es dejarse caer en ella. Aquellas palabras del gran escritor, citadas por mis amigos esteticistas un sinnúmero de veces en los salones de París y San Petersburgo me revelaron su verdadero significado tan sólo ahora, bajo el diáfano cielo de Abisinia, en estas montañas infestadas de buitres, hienas y serpientes venenosas, donde la misma naturaleza te obliga a dejar a un lado todo

² Valery Briúsov, *Cartas (1902-1913)*, <http://bryusov.lit-info.ru/bryusov/letters/index.htm>, (en ruso).

³ Ibid.



lo superfluo y artificial y mostrarle al mundo tu verdadera cara, lo quieras o no. Abandoné de una vez mis dudas, me despojé de la ropa, me metí en aquel pasadizo y, para mi gran sorpresa, el Cielo me consideró un hombre virtuoso.⁴

⁴ Nikolái Gumiliov, *El diario africano*, (Moscú: Promedia, 2011), 37 (en ruso).

⁵ Vera Nevédorskaya, "Recuerdos de Gumiliov y Ajmátova", 2010, <https://gumilev.ru/biography/50/>, (en ruso).

⁶ V.P. Kreid, comp., *Nicolái Gumiliov en las memorias de sus contemporáneos*, (Moscú: Bukinist, 1990), 189, (en ruso).

También conoció el amor, según Wilde: "el misterio aún mayor que la muerte", en todas sus manifestaciones terrestres y celestiales, oscuras y luminosas. Su apariencia siempre llamaba la atención de las damas. Una amiga de la familia de Gumiliov, Vera Nevédorskaya, lo describió de la siguiente manera:

Era un joven alto, delgado, esbelto y ágil, de cabellos y ojos claros, pero en sus facciones siempre se traslucía algo remotamente asiático, mongólico. Como muchos otros jóvenes de su época, trataba de imitar en todo a Oscar Wilde: llevaba cilindros, bastones y sacos de colores vistosos, se ensortijaba el cabello y en ocasiones incluso se retocaba los labios con carmín. Sin embargo, a pesar de todas estas artimañas, siempre era como un niño grande, un tanto torpe en su papel de personaje misterioso y golpeado por la vida, pero al mismo tiempo encantador.⁵

El otro testimonio, perteneciente al poeta Semión Mákovski describe a Gumiliov de forma un tanto diferente:

Al igual que a su ídolo Oscar Wilde, le encantaba impresionar al público con sus disparates llenos de extravagancia. Después de su regreso de África, estaba tan obsesionado por sus propias impresiones del Sahara y las selvas tropicales que no pasaba ni una sola velada sin que nos mostrara sus trofeos traídos de aquella "tierra de brujos": colmillos de elefante, pieles de leopardo, cuadros pintados sobre telas artesanales etíopes, máscaras y amuletos. No hablaba más que de las cacerías peligrosas, magos negros, cocodrilos e hipopótamos; trataba de pasar por un hombre experimentado, saciado de los placeres de la vida y un tanto cansado de ella, a la manera de sus adorados esteticistas británicos, pero en vez de esto se asemejaba a un muchacho, poco más que un niño un tanto presumido pero las mujeres lo encontraban encantador.⁶

En su vida hubo muchos romances fugaces y un solo gran amor, Anna Gorenko, la poetisa que posteriormente sería mundialmente famosa bajo el pseudónimo de Anna Ajmátova, "Anna Crisóstomo de todas las

Rusias", una auténtica estrella de la Edad de Plata de la poesía rusa.

Descendiente de un antiguo linaje de los kanes tártaros, con sus enormes y expresivos ojos grises como el siempre nublado cielo de San Petersburgo, cabellos negros y lacios como el de las reinas y diosas en los antiguos frescos egipcios, su piel pálida y reluciente, facciones nobles y delicadas con un tinte ligeramente trágico pero, más que todo, con su extraordinario talento poético, Ajmátova era una verdadera diosa de la sociedad literaria rusa, modelo favorito de casi todos los pintores de la época y heroína de los poemas amorosos de todos los poetas.

El comienzo de aquel amor no parecía demasiado prometedor. La soberbia y caprichosa "Anna de todas las Rusias" ni siquiera distinguía a Gumiliov en medio de la multitud de sus admiradores; luego por fin lo hizo, pero tan solo para burlarse de los torpes cortejos de aquel "Wilde ruso" y con el fin de llamar su atención lo tildaba de "payaso triste".

"Si no tardas mucho, te esperaré toda la vida". La primera carta de amor de Gumiliov para Anna Ajmátova comienza con aquellas palabras de Wilde. Luego le escribió muchas otras cartas, así como numerosos poemas:

Conozco a una mujer: una quietud,
una amarga fatiga de palabras,
habita en el misterio de la luz
que brilla en sus pupilas ensanchadas.

Su alma tan sólo se abre ávidamente
al son de la música del verso;
ante la vida larga y sus deleites
su gesto se hace sordo y altanero.

Sin poder soportar más la indiferencia y la crueldad de su musa, Gumiliov huyó de aquel amor fatal a París donde, sin poder olvidarla, decidió ponerle fin a su vida pues, al igual que Wilde, consideraba el suicidio como una de las bellas artes. Por lo tanto, intentó organizarlo de una manera decorosa y elegante. Al comienzo intentó lanzarse al mar desde una roca en la playa de la ciudad turística de Tourville en la costa de Normandía, pero los lugareños tomaron

al poeta enamorado por un vagabundo y llamaron la Policía, convirtiendo la tragedia en una farsa. En su segundo intento decidió acudir al veneno. Compró en una farmacia un frasco con cianuro de potasio y, después de ingerirlo, se adentró al Bosque de Boulogne para enfrentar la muerte en plena soledad, pero, una vez inconsciente, fue recogido por un par de guardabosques que lo llevaron al hospital.

Sin embargo, aquellos sufrimientos dieron sus frutos. Impresionada por la fidelidad sin precedentes de Gumiliov o, a lo mejor, por las escalofriantes historias de sus dos intentos de quitarse la vida, Ajmátova aceptó convertirse en su esposa. En abril de 1910 la pareja se casó. La ceremonia fue muy modesta; no asistió ninguno de los familiares del novio ya que todos estaban convencidos en que aquella unión no duraría mucho.

Lastimosamente, sus pronósticos se cumplieron. Las discusiones en la joven familia comenzaron prácticamente en seguida. Por un lado, Gumiliov se mostraba francamente celoso del enorme éxito de las primeras antologías poéticas de su esposa mientras él mismo tildaba los versos de Ajmátova de "indignos e inmaduros" y se negaba a publicarlos en su famosa asociación literaria "El gremio de los poetas". Por el otro, ninguno de los dos era dechado de fidelidad. Mientras Gumiliov pasaba casi todo su tiempo en sus interminables viajes lejos de casa y ni siquiera se esforzaba por ocultar sus numerosos romances, su esposa tenía su propia "vida del corazón" donde no había lugar para algo tan "anticuado" como la fidelidad conyugal. Cada uno llevaba su propia vida mientras el pequeño Lev, el único hijo de la pareja nacido en 1912, crecía en la casa de su abuela paterna y casi no veía a sus padres.

En el año 1914, al estallar la Primera Guerra Mundial, todos los problemas personales se relegaron a un segundo plano ante aquella tragedia global. Cambiando sus elegantes sacos, cilindros y camisas de encajes por el simple uniforme de soldado, Gumiliov se alistó al ejército como voluntario, luchó como un héroe y fue condecorado

dos veces con la orden de San Jorge. Pero incluso en plena guerra, en medio del fuego, sangre, muerte y destrucción, Gumiliov pudo conservar aquel perspicaz sentido del humor que lo hacía parecerse a Wilde más que todos sus trajes ingleses y artimañas de salón. En una de sus cartas a Ajmátova escribe:

La guerra me recuerda mucho mis viajes a Abisinia; la falta del exotismo se recompensa por sensaciones fuertes... En realidad, nunca en mi vida me he sentido mejor que ahora pues gracias a tanto ejercicio y aire fresco estoy en mi mejor forma física y mi salud nunca ha sido tan buena como ahora.⁷

Al estallar la Revolución de Octubre, Gumiliov jamás intentó disimular su reacción abiertamente negativa ni sus convicciones monárquicas. Sin embargo, a diferencia de tantos otros intelectuales rusos de su círculo, jamás pretendió abandonar el país a pesar de todas las posibilidades que tenía. Aquel cataclismo histórico se fundió para Gumiliov con su drama personal: la ruptura definitiva con Anna Ajmátova. En el año 1919, cuando el poeta por fin pudo regresar a Rusia, tras haber dado un largo recorrido de rodeo a través de Inglaterra y los países Escandinavos, Ajmátova no lo recibió con un abrazo sino con las palabras que decían que su corazón ahora pertenecía al otro hombre.

Viviendo en la Rusia Soviética, Gumiliov jamás trató de adaptarse a las nuevas condiciones de vida; la conducta francamente camaleónica de algunos de sus compañeros literatos le parecía "francamente repugnante". Sus poemas y obras del teatro, lejanos de los cánones del "romanticismo revolucionario" de su época, no podían encontrar editores y él mismo, tarde o temprano, tendría que sucumbir ante la fuerza aplastante del nuevo régimen. En 1921 Gumiliov fue acusado de pertenecer a la llamada Conspiración de Tagántsev (un supuesto complot monárquico) y condenado a la pena máxima.

"Que un hombre muera por una causa no significa nada en cuanto al valor de la causa", decía Oscar Wilde⁸. Gumiliov, llamado por muchos "el Oscar Wilde ruso",

⁷ V.V. Luknitskaya, *Nicolái Gumiliov: la vida del poeta según archivos familiares*, (Leningrado: Lenkniga, 1990), 123, (en ruso).

⁸ "Proverbia", *Frases de Oscar Wilde*, <https://proverbia.net/autor/frases-de-oscar-wilde>.

debió haber conocido aquella frase y se mantuvo firme hasta el último instante. Murió después de calarse el sombrero hasta los ojos, sin quitarse el cigarrillo de los labios, tranquilo, como había profetizado en uno de sus poemas: “Sin miedo apareceré ante Dios, Nuestro Señor”. Los disparos se perdieron en el aire de un bosque cercano a San Petersburgo, y aquel hombre joven, apenas 35 años, se desplomó fulminado. Como tantas otras víctimas de las represiones políticas de la época, fue enterrado en secreto y el lugar de su última morada no se conoce hasta ahora.

Anna Ajmátova sobrevivió a su infeliz esposo en 45 años, se volvió a casar tres veces más, pero jamás fue una mujer feliz. Jamás pudo librarse del sentido de culpa ante su primer esposo, el único hombre quien la había amado de verdad y la había inspirado a crear sus mejores poemas. Aquel sentido de culpa la hizo sufrir más sus otras desgracias. Durante muchos años fue silenciada por el régimen soviético. Sus poemas se prohibieron, fue acusada de traición y deportada a Siberia. A su regreso a Leningrado, en 1944, produjo su obra más importante, *El Réquiem*, publicada tan solo en 1963, con la llegada del famoso “deshielo de Jrushchov”, cuando la represión política y la censura fueron parcialmente suavizadas. En 1965, un año antes de su muerte, fue nombrada Doctora Honoris Causa por la Universidad de Oxford, pero aun así no tuvo un verdadero reconocimiento en su tierra natal hasta la década de los 90.

El hijo de la “pareja poética”, Lev Gumiliov (1912-1992), también pasó varios años en el exilio en Siberia, aunque su única culpa ante el régimen consistía en haber nacido de unos padres problemáticos, lo que no le impidió convertirse posteriormente en un académico, filósofo, historiador y orientalista con fama mundial y también en el guardián de la herencia poética de sus legendarios progenitores.

En cuanto al mismo “Oscar Wilde de Rusia”, su obra tuvo un verdadero reconocimiento solo en las últimas tres décadas; actualmente es uno de los poetas más leídos en lengua rusa que nunca deja de sorprender a sus lectores. 📖

